

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 11 (1984)
Heft: 1

Artikel: Arquitectos tesineses en el mundo
Autor: Bianconi, Piero
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909023>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 15.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Arquitectos tesineses en el mundo

El autor Piero Bianconi

Nació en Minusio el 31 de mayo de 1899. Autodidacta, fue profesor en Tesino. Inscrito en la Universidad de Friburgo, obtiene en 1933 el doctorado en letras. Poco después, asume el cargo de «lector» en la Universidad de Berna. En 1935, vuelve a Tesino y enseña en la Escuela Normal y el Liceo.

La participación y los méritos de Piero Bianconi han jugado un rol importante en los diferentes dominios de la cultura tesinesa: en la escuela (profesor de historia del arte e idioma francés e italiano), en la prensa (colaborador de varios diarios y revistas), en el arte (autor de monografías y biografías), en la literatura en prosa.

Cierta vez llegué a escribir, divirtiéndome, que los tesineses son como los repollos; para hacerlos prosperar, hay que transplantarlos; ellos prosperan mejor repartidos en el mundo que en la estrechez de las casas. Bien cierto es que una mitad de la historia del Tesino está basada en la emigración, sea sobre la diáspora que ha dispersado a los cuatro extremos de la tierra nuestra gente, obreros, albañiles, campesinos, restauradores, buscadores de oro, etc.; una interminable multitud de personas anónimas, entre las cuales, de un tiempo a otro, emerge una personalidad de gran formato: un Pellegrini, de Croglio, que fuera presidente de la Argentina, un Pedrazzini, de Lorcano, que se enriqueció descubriendo minas de plata en México.

Un grupo particular e ilustre de esta emigración fue la de «los constructores y arquitectos tesineses en el mundo», sin olvidar los numerosos obreros de la construcción, maestros de obra. Trabajo predilecto de los tesineses de donde emergieron eminentes figuras de artistas, con una continuidad asombrosa.

Para aclarar este fenómeno, tenemos un pensamiento de Pascal: «Tan grande es la fuerza de la costumbre, que... en algunos países todos son albañiles, en otros todos soldados...».

Se exagera cuando se habla (como se hace y continúa haciéndolo) de una «historia del arte tesinés», a decir verdad se trata sobre todo de una tradición artesanal, que sobrepasa las fronteras del Tesino, comprendiendo la Lombardía septentrional y que representa en la historia un fenómeno imponente, grandioso.

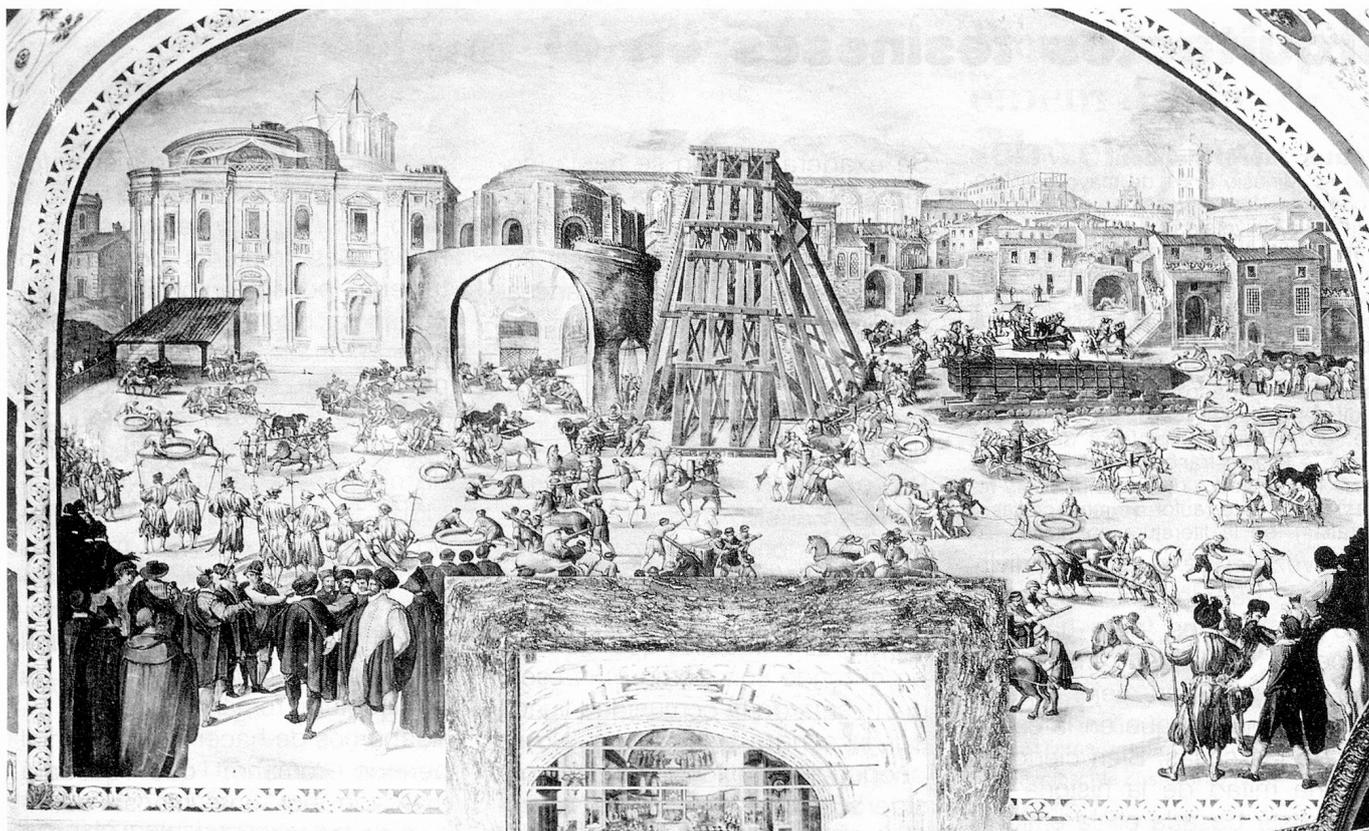
Por pereza mental, se cae a menudo en el error grosero y contrario a la historia, hablando de tradición tesinesa, sea en hacer coincidir los límites de la situación política actual, a aquellas que fueran (y en el fondo son siempre) la esencia misma de la comunidad ligada por la sangre y la cultura. No se puede, pues, excluir de esta consideración los artistas de las regiones de Valsolda y Como; se trataría de una mutilación absurda. Es de hacer notar que los pocos excelentes artistas y creadores nuestros se insertan en la historia del arte italiano y contribuyen activamente a su desenvolvimiento;

otros siguen con más o menos felicidad esta corriente dominante, pero con fuertes inflexiones regionales. Las fronteras políticas no tuvieron por lo tanto ninguna importancia; basta pensar, por ejemplo, en los constructores de Campione, este enclave italiano en el Tesino al borde del lago de Lugano, que es particularmente la cuna de numerosos artistas. Nadie, estudiando este fenómeno, ha soñado jamás en excluir los maestros de Campione que durante muchos siglos, generación tras generación han edificado la catedral de Modene, obra maestra de la arquitectura romana.

Acabamos de hacer una alusión al período romano, que quedará marcado por una intensa actividad de los tesineses, en Italia y en otras partes. Otro período asimismo fructífero se sitúa entre el fin del siglo XVI y la mitad del XVII, sobre todo en Roma, precediendo la era neo-clásica, que se concretó por las obras jamás igualadas

Fachada de la Basílica de San Pedro, a la derecha el célebre obelisco.





Fresco ubicado en la biblioteca vaticana, recordando los trabajos de erección del obelisco

en Rusia y en Milán. En la corta exposición que sigue, trataremos estos últimos aspectos, sin por ello olvidar la actividad de los tesineses en Europa del Norte. Conviene señalar un estudio reciente sobre la obra de los tesineses en Polonia⁽¹⁾ estudio que contribuye a poner de relieve los aspectos habitualmente desconocidos de la propagación de su arte. En el comienzo del siglo XVIII, el arquitecto Domenico Trezzini de Astano realizó completamente, en el pantano de la Neva, por orden de Pedro el Grande, la ciudad de San Petersburgo:

«Nivelando terrenos, cavando canales y construyendo iglesias y palacios» hizo un lugar admirable, un modelo de urbanismo.

Un siglo más tarde, siempre en Rusia, otro Domenico, Gilardi de Montagnola, participa, primeramente al lado de su padre Gian-

battista, en la reconstrucción de Moscú, después del incendio que asoló la ciudad en 1812, luego del avance de las tropas de Napoleón. El fue reconocido como el «segundo fundador» de la ciudad. Remontando en el tiempo, hacia fines del siglo XVI, encontramos en Roma un tercer Domenico. Se trata de Domenico Fontana de Melide (1543-1607), verdadero genio del urbanismo. Bajo el pontificado del papa Sixto V, él trazó, de manera osada, las grandes rutas que unían las basílicas romanas y, para determinar los límites, erigió los obeliscos. Un contemporáneo dijo acerca de él: «Creó estas calles que se alargan de un lado a otro de la ciudad sin prestar atención a los montes y los valles que la componían, hizo aplanar los unos y terraplenar los otros...». De todos los obeliscos, el más célebre es, en su justo título, el que se encuentra en la plaza San Pedro, obra excepcional de resonancia europea que aportó a Fontana

riquezas y honores. Fue nombrado caballero y recibido por el papa, quien le acordó una confianza ilimitada y, un collar de oro suntuoso. El relato de estos trabajos está conservado en una obra minuciosamente ilustrada, donde se descubre, sobre grandes cuadros, todos los detalles de la obra y de los medios utilizados: manera de trabajar, equipamiento de los obreros, guarniciones de los caballos, utilaje tales como cuerdas, grandes «castillos» en madera, máquinas que sirvieron al transporte y erección de la enorme aguja de granito, que lleva, en la base, el nombre de Fontana y de su país de origen.

Fontana construyó el palacio de Letrán, la capilla Sixtina, la biblioteca vaticana, fuentes monumentales y puentes.

El fue el primero de numerosos tesineses de la ciudad eterna que, durante un siglo (de la muerte de Miguel Ángel a la de Borromini) aseguraron allí su predominio archi-

(1) Marius Karpowicz, Artista tesinés en Polonia en el 600, República y Cantón del Tesino, 1983.

tectural; «Jene Kolonie von Tessinern, welche Rom seine jetzige Gestalt gab» escribió Burckhardt en su Cicerone en 1855 («esta colonia de tesineses que proporcionó a Roma su aún hoy existente magnificencia»).

Uno de los discípulos y colaboradores de Fontana fue Carlo Maderno di Capolago (1556-1629), el hijo de una de sus hermanas. Después de la partida de Fontana para Nápoles, Maderno se convirtió en arquitecto regular del Vaticano donde se comprometió activamente, creando su estilo personal.

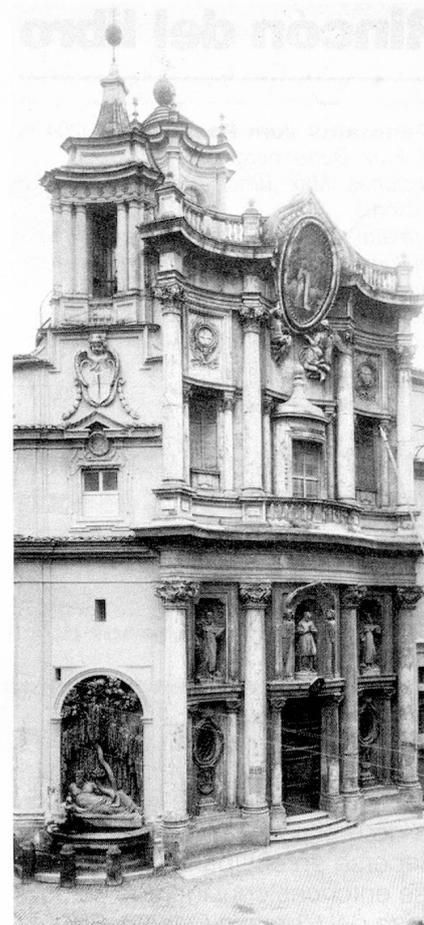
Es suficiente recordar la célebre fachada de la iglesia de Santa Susana, que encanta por el juego de sus salientes, de claros-oscuros, el gusto del barroco que resalta contra el rigor contra-reformista del manierismo.

La lista de las obras de Maderno, en Roma y en otras partes, sería muy larga de exponer, pero es conveniente citar los maravillosos palacios Mattei y Barberini, el toque final aportado a la Basílica de San Pedro, de la cual él modificó los cimientos establecidos por Mi-

guel Angel. Sobresalió en cada obra donde su libertad de acción era total, por ejemplo, erigiendo la luminosa entrada dotada de una bóveda en estuco; y menos bella quizás, la enorme fachada que domina la plaza de San Pedro. Las palabras y el espacio faltan para hablar dignamente de uno de los más grandes artistas de la época barroca, Francisco Borromini de Bissone (1599-1667), quien fue el protegido de Maderno, desde sus inicios en Roma. Entre las obras de arte de este arquitecto dotado de una sorprendente fantasía, es necesario admirar su profundo conocimiento artesanal, la experiencia heredada de una tradición tesinesa. Iglesias, oratorios, palacios, decoración del interior, tal aquella realizada para la pequeña iglesia de San Carlos de las 4 Fuentes, su primera obra, de la cual la fachada lleva la fecha de su muerte, el oratorio de los Filippini y aquel de Propaganda Fide, la transformación del interior de San Juan en el Letrán y la «iglesia sonriente de Sant' Ivo alla Sapienza», cuyo campanario, coronado de una claraboya, orna de un lado nuestro más reciente billete de cien francos, en tanto que, del otro se encuentra la efigie de Borromini.

Siempre en Roma, no se puede olvidar un gran pintor, contemporáneo de Borromini, Giovanni Serodine de Ascona (1600-1630), cuya obra más conocida es la gran nave de la iglesia de su ciudad natal. El período neo-clásico, fin del siglo 17 principios del 18, fue fecundo para los arquitectos tesineses, sobre todo en Milán, esta capital del norte de Italia.

De los vastos proyectos arquitectónicos del Emperador Bonaparte, solamente queda hoy la ambiciosa Arena (1807), obra de Luigi Canonica de Tesserete, arquitecto del Estado. Pero no fue él el único grande de esta época; encontramos igualmente a Giacomo Alber-



La fachada de la Iglesia de San Carlos de las cuatro fuentes.

Entrada de la Basílica de San Pedro. La bóveda en estucos.



toli de Bedano, Simone Contini de Muggio y otros de menor renombre, para dar una idea de esta período excepcional. Sería fácil pero tedioso continuar con la enumeración, en Italia y en el mundo de las obras terminadas; es por eso que solo cita remos todavía a, Gaspere Fossati de Morcote, activo en Constantinopla, donde se dedicó a restaurar la iglesia de Santa Sofía, y para retornar a Italia a Giuseppe Frizzi de Minusio, quien edificó la mayoría de sus obras en Turín. Puedan estas breves indicaciones servirles de punto de partida para un acercamiento más detallado a esta larga y gloriosa tradición del Tesino un «país todo de maestros de obra...».